

UNA SOCIEDAD BUENA... ¿O UNA VIDA BUENA?

Tendremos que responder grandes preguntas: no sólo cómo volver a encender el motor de la economía, sino acordar que tipo de economía queremos, sin olvidar que su objetivo es alcanzar un máximo de felicidad colectiva, y que una buena vida, no es lo mismo que una sociedad buena



Por Rubén Torres

Las decisiones que los gobiernos tomen las próximas semanas probablemente darán forma al mundo de los próximos años. No sólo a los sistemas de salud, sino también a la economía, la política y la cultura. Al elegir alternativas, debemos preguntarnos cómo superar la amenaza inmediata, y también qué tipo de mundo habitaremos una vez pasada la tormenta. Seguramente uno diferente, en el cual muchas medidas de emergencia a corto plazo se convertirán en elementos permanentes.

Decisiones que en tiempos normales llevaron años de deliberación se aprueban hoy en cuestión de horas, y se adoptan tecnologías inmaduras, incluso peligrosas, porque los riesgos de no hacer nada son mayores. Países enteros sirven de cojillos de indias en experimentos

sociales a gran escala. Tendremos que responder grandes preguntas: no sólo cómo volver a encender el motor de la economía, sino acordar que tipo de economía queremos, sin olvidar que su objetivo es alcanzar un máximo de felicidad colectiva, y que una buena vida, no es lo mismo que una sociedad buena.

¿Estamos seguros de querer volver al mundo de antes del coronavirus o lo rediseñaremos? La decisión es nuestra. En el mundo prepandémico se denunciaban a gritos cosas terribles que estaban a punto de pasar: que el planeta se convirtiera en un lugar inhabitable debido a la catástrofe climática; que la inteligencia artificial era una amenaza para el desempleo global masivo; que muchos jóvenes abandonaban la educación y se condenaban a un futuro incierto. ¿Queremos volver a ese mundo?

No es momento de realizar calificaciones, nadie imaginó esta tragedia y cierta improvisación es inevitable, pero se nos habló de un Estado ausente y que nada será como antes, pero los dilemas que impone el coronavirus, son los de siempre, aunque más agudos y urgentes: no es suficiente con que el Estado recupere un papel central, sino preguntarnos cuánto Estado y qué Estado: uno serio, eficiente, transparente y respetado, o el monumental, costoso, corrupto y “presente”, con ministerios innecesarios, que cobra impuestos y no da servicios decentes a cambio, y no sabe comprar barbijos ni fideos.

Es una cuestión de cultura y valores, sin ellos será muy difícil tener hospitales que nos puedan curar, encontrar un mejor futuro y vivir con la tranquilidad y protección que merecemos. No hay un falso dilema entre Estado y mercado; en las sociedades serias ambos forman un sistema único al servicio de la sociedad. Queremos volver a ese mundo de “inestabilidad de deseos, insaciabilidad de necesidades, de consumo y descarte permanentes; con fragilidad de vínculos entre las personas y tendencia a la soledad como arquetipo”, que forman parte de lo que Zigmunt Bauman llamó “la modernidad líquida”, y Gilles Lipovetzky el “narcisismo contemporáneo”, y que se ha combinado en Argentina

NO ES SUFICIENTE CON QUE EL ESTADO RECUPERE UN PAPEL CENTRAL, SINO PREGUNTARNOS CUÁNTO ESTADO Y QUÉ ESTADO: UNO SERIO, EFICIENTE, TRANSPARENTE Y RESPETADO, O EL MONUMENTAL, COSTOSO, CORRUPTO Y “PRESENTE”, CON MINISTERIOS INNECESARIOS, QUE COBRA IMPUESTOS Y NO DA SERVICIOS DECENTES A CAMBIO, Y NO SABE COMPRAR BARBIJOS NI FIDEOS

con la idea perversa de que la plata no se hace trabajando.

Ahora vimos que hay infinidad de lugares a los que podíamos dejar de ir sin morir, e infinidad de cosas y servicios de los que de repente nos enteramos de que se podía prescindir. Que el hecho de que el mundo nos ofrezca un modelo de consumo superfluo no significa que estemos obligados a sumarnos a esa tendencia. Cosas inadmisibles terminaron naturalizándose. Aunque parezca descabellado, naturalizamos la pobreza que la pandemia dejó expuesta, y desde hace décadas forma parte del paisaje, aunque los políticos declamen contra ella, gestiones clientelistas la arreglen con la boca y perpetúen en los hechos, en un relato que mantiene de rehenes a los que dice defender, mientras gente solidaria se embarra los pies para mitigarla.

Una peste nos mostró lo pobres y desprovistos que estamos como sociedad y Estado, y ojalá nos obligue a repensarnos. Desde hace décadas las políticas económicas, de educación, salud, seguridad y atención de la pobreza no han podido detener el estado de decadencia en el que nos encontramos. Mientras esperamos la salida de la cuarentena, a la que nos fuimos acostumbrando, esperemos no seguir acostumbrados a esa realidad que transcurrió, mientras muchos de nosotros vivíamos de modo muy distinto una vida buena y ordinaria. 